

Novela Popular Cinematográfica

Año 1
Núm. 33

COMO UN CUENTO
DE HADAS



25 céntimos

Protagonista:

Gladys Walton

Revista Semanal

TOP O' THE MORNING

1922

COMO UN CUENTO DE HADAS

Argumento de la película del mismo título. Exclusiva de «Hispano American Films». Valencia, 233.

PROTAGONISTA : GLADYS WALTON

I

- En todo el Condado de Kerry, en Irlanda, no había un hogar más bien cuidado que el de los O'Donnell. Todo estaba allí puesto en su sitio; nada había revuelto ni fuera de lugar.

La casa, limpia y blanca, estaba rodeada de unos campos cercados, no muy grandes, pero en los que había árboles frutales, legumbres y flores. Estas, en gran abundancia. Una paz virgiliana reinaba en aquella casa campesina, llena en absoluto de olores fuertes y sanos de tierra cultivada.

Una de las cosas que constituían un orgullo para los que en la casa moraban, era Clavelitos, es decir, un cerdo al que así llamaban, único quiza en su casta limpio. Pues en cuanto amanecía,

el ama de la casa, una muchacha linda y gentil como un sueño de poeta, llamada Geraldina, a la que todos conocían por el cariñoso diminutivo de Jerry, se cuidaba de lavarlo con jabón, tal que si una criatura fuese. Y a veces, durante el día, volvía a lavarlo de nuevo para que estuviese presentable.

La mañana que comienza esta historia, Jerry, como de costumbre, en cuanto se hubo levantado, se puso a lavar la cara y el cuerpo a Clavelitos. El cual, como ya estaba acostumbrado a aquella operación, ni gruñía ni protestaba: dejaba hacer y nada más.

Cuando ya el animal estaba limpio, apareció en la puerta de la casa una señora de cierta edad, tía de Jerry, y única persona que vivía allí con la joven.

Jerry, al ver a su tía, colocó a Clavelitos frente a ella y dijo:

—Mira, tía, Clavelitos te está dando los buenos días.

Rió francamente la tía de Jerry. Rió también Jerry, feliz y contenta. La paz que rodeaba a la casa no invitaba a otra cosa.

Jerry, después, mientras su tía le decía algunas palabras cariñosas, se ocupó en poner a Clavelitos unos moños alrededor del cuello. Luego, le dejó marchar y rió de nuevo de su ocurrencia.

Su tía, que compartía su hilaridad, cuando ya Clavelitos se había ocultado tras unos árboles, le dijo:

—Hablando de otra cosa, querida Jerry, no olvidas que ya es la hora de dar la lección.

—No lo he olvidado, querida tía.

—Vamos, pues.

—Vamos, sí. Ya sabes que esta es la ocupación

que más me gusta de todas. No dejo de pensar que muy pronto he de marchar a los Estados Unidos, al lado de mi papá. Y no quiero, de ningún modo, que él tenga que abochornarse de mi ignorancia.

—Sí, en efecto, has de marchar pronto. Y conviene que te apliques.

Buscaron el libro en que Jerry aprendía a leer y, ya con él, pasearon un rato por el jardín, hasta llegar a un banco rústico, colocado bajo la sombra propicia de unos árboles seculares. Se sentaron allí, que era el lugar escogido para las lecciones cotidianas, y comenzó la de aquel día. Jerry ponía todos sus sentidos en aprender el significado de las letras, su armonía, el valor que tenían por sí mismas y el que les daba estar junto a otras, formando palabras. Su alegría no tenía límites cuando llegaba a descifrar, acabadamente, el mecanismo de una frase cuyo significado le era conocido; por ejemplo: casa, flor, ave, árbol, jardín, huerto, etc., etc.

Su tía, compartía su contento de estos progresos del difícil aprendizaje.

Aquella mañana hizo varios descubrimientos de esta naturaleza. Y estaba radiante de alegría.

De pronto, hubo de suspenderse la lección, Jerry había oído gruñir, desesperadamente, a Clavelitos y corrió a ver qué le ocurría al animal. Pronto hubo de ver de lo que se trataba.

Un chico travieso, de un caserío cercano, que no podía concebir que Clavelitos estuviese tan limpio, había abierto la puerta de la cerca y entrado en la finca de los O'Donnell. En seguida, había cogido al pobre animal, le había quitado los moños y luego se había dedicado a embadurnarlo con el fango de un barrizal cercano. En esto

se ocupaba cuando llegó junto a él Jerry. El muchacho, al verse sorprendido, se puso en guardia para defenderse del seguro ataque de la joven.

En efecto, Jerry, al ver lo que aquel chico estaba haciendo con Clavelitos, se dispuso a castigarle. No se equivocaba él, pues, al ponerse en guardia. Comenzaron ambos a repartirse mamporros, con toda la fuerza de su naturaleza campesina. Era un espectáculo digno de ver. Al fin, el muchacho tuvo que darse por vencido y salir huyendo. Jerry le persiguió hasta que hubo salido de la cerca y un gran trecho de camino después, hasta que el muchacho se perdió en la lejanía.

Cuando ya Jerry desistió de seguir su persecución, se dio cuenta de que cerca había un auto, parado en el margen del camino. Nunca había visto un vehículo de aquellos de cerca. Todos los que vio hasta entonces, pasaban veloces por junto a la casa, sin dejar tiempo a que se observaran sus particularidades. La curiosidad de ver un auto de cerca, la llevó hasta el que estaba allí, casi junto a ella, parado.

Viajaban en aquel auto, Juan Garlaud, joven banquero americano, de pasó en Irlanda para asuntos comerciales, y su hija Dorotea, niña de cinco años, huérfana de madre.

Jerry llegó junto al auto y se puso a mirarlo, admirada, por todas partes. La niña, que la vio llegar, se sonrió y le dijo que se acercara, lo que hizo Jerry complacida. El banquero, que se ocupaba en arreglar la avería sufrida por el vehículo, no se percató de la llegada de la joven. Mas esto sólo duró unos instantes. Garlaud se dio cuenta, en seguida, de que él no podía arreglar la rotura. Y abandonó su trabajo, que era inútil. Entonces, vio a Jerry, a la cual preguntó:

—Para arreglar esto es necesario un herrero. ¿Hay alguno por aquí cerca?

—Sí, señor. En aquella, casa—contestó Jerry, señalando la vivienda del herrero del lugar, que estaba bastante lejos.—Si quiere usted, yo misma iré a llamarle.

—No; muchas gracias, señorita. Iré yo mismo. Si quiere usted, se lo agradeceré mucho, quédese aquí con mi hija hasta que yo vuelva.

—¡Oh, sí, claro que quiero! ¡Puede usted marchar tranquilo!

Se fué Garlaud a buscar al herrero y Jerry dijo a la niña, en cuanto se quedaron solas:

—Mientras tu papá regresa te contaré un cuento. El cual comienza así: «Pues señor, esto era un príncipe...»

Sabido es cuán aficionadas son las muchachas campesinas a contar cuentos de príncipes y de princesas, en los cuales siempre interviene alguna hada bienhechora y alguna bruja llena de malas intenciones.

Dorotea, la niña del banquero, que nunca había oído relatos de aquella naturaleza, estaba encantada, pendiente de las palabras sencillas que iban fluyendo de los labios de Jerry.

Llegó el herrero y, en pocos momentos, hizo la compostura del auto. Jerry y la niña, indiferentes, seguían absortas ante el hechizo del bello cuento infantil. Garlaud dispuso la marcha, precisamente en el momento más interesante del cuento: «cuando la malhadada bruja echaba su encantamiento sobre la bella princesa...»

—Por favor, papá—exclamó Dorotea, entusiasmada,—llevémonos a Jerry. Quiero oír el final del cuento.

—No puedo irme, niña querida. Pero no des-

esperes. Quizá acabaré el cuento allá en los Estados Unidos cuando vaya a vivir allí con mi padre, lo cual será pronto.

Se despidieron. La niña estuvo enviando besos a Jerry durante un largo rato.

Cuando desapareció el auto, en un recodo del camino, Jerry volvió a su limpia y blanca casa.

Así como esta casa era tan limpia, allá en Nueva York no había un piso más desarreglado que el de los O'Donnell.

Patricio O'Donnell, el padre de Jerry, pagaba el alquiler, pero no mandaba en la casa. Quien mandaba era su segunda mujer, antaño la viuda Charney, cuya única ambición era hacer de su esposo lo que a ella le viniera en ganas. Lo cual iba consiguiendo, a decir verdad, sin gran esfuerzo.

En el piso todo andaba revuelto, todo desarreglado. La mayor parta de las veces, las visitas que venían, que eran muchas, tenían que tomar el té de pie, por no haber otro modo de tomarlo.

Entre los visitantes, el más asiduo, gran amigo de todos por otra parte, era Quinn, un pastor protestante, oriundo del propio pueblo de los O'Donnell.

Un día, pasado ya algún tiempo de lo que acabamos de relatar, en el piso de los O'Donnell, se estaba tomando el té. Y O'Donnell padre, dirigiéndose a Quinn, dijo:

—Mi mujer es muy lista, padre Quinn. Se necesita talento para hacer que un irlandés cambie el whisky por el té.

El pastor iba a contestar. Pero algo inesperado lo impidió. Acababa de llegar a la casa un nuevo huésped. Y todos corrieron a recibirlo. Quien llegaba era Jerry. Venía vestida con su pin-

toresco traje aldeano y traía del pueblo, legumbres y frutas, regalo para los suyos. También se había traído a Clavelitos. Todos, incluso su padre, tuvieron un gesto de desagrado al verla llegar de aquel modo. Se veía que las atenciones que tenían para ella eran un poco forzadas. La más disgustada de todos era su madrastra. Acaso el padre hubiera querido mostrarse más cordial con su hija y no se atreviera a hacerlo por temor a su esposa. De cualquier modo, no recibieron a Jerry como debían recibirla.

Inmediatamente, por orden del ama de la casa, Clavelitos fué quitado de enmedio. Jerry no lo volvió a ver.

Y en los días que siguieron, la señora O'Donnell tuvo por conveniente prescindir de la criada, haciendo que Jerry la substituyera. Pero Jerry, que no se daba cuenta cabal de lo mal que la trataban, se sentía feliz en extremo. Aun veía la vida como si estuviera en el lejano Condado de Kerry, allá en Irlanda.

II

Hasta que un día, pocos después del de su llegada, su madrastra le ordenó:

—Trae té para cuatro.

Nunca había servido ella el té, ni le habían explicado cómo se servía. Al recibir aquella orden, estuvo a punto de preguntar algo. Mas, la mirada de su madrastra era tan dura, que no se

atrevió. Hasta aquel día no se había dado cuenta de cómo era tratada. Sintió que la herían, no sabía explicarse de qué modo, en sus mejores sentimientos.

Marchó a la cocina, dispuesta a cumplir lo que le habían ordenado. Y allí empezó a dar vueltas, confusa, inquieta, temiendo no acertar a llevar a cabo, con certeza, el servicio que se le había pedido. Vió un agua oscura que hervía. Supuso que aquello era el té. Lo era, en efecto. Puso cuatro tazas en un aparato, llenó de aquel líquido una cafetera y se presentó en el salón, donde ya, impacientemente, era esperada.

En el salón había, además de su padre y la esposa de éste, su hermano Eugenio y una joven a la que aun no conocía. Aquella joven era la prometida de su hermano. Los cuatro té eran, pues, para ellos.

La madrastra de Jerry salió un momento. El padre, aprovechando aquella ocasión, presentó a las dos jóvenes.

—Mi hija Jerry. La señorita Vincent.

Y después:

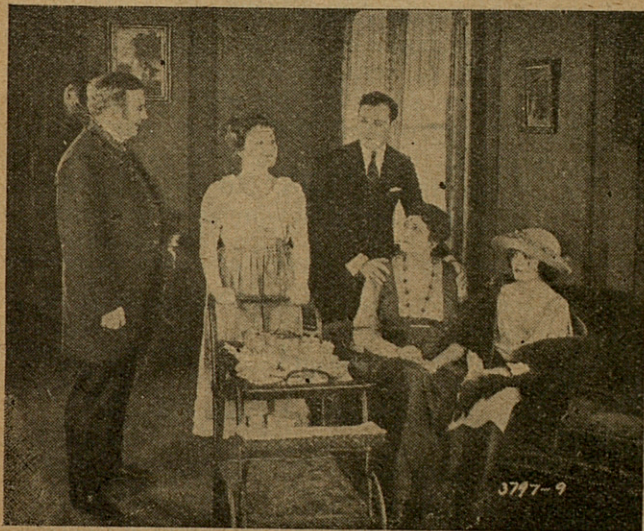
—Jerry, esta es la joven que va a ser la señora de tu hermano Eugenio.

Jerry, con su acostumbrada cordialidad, se acercó a la otra joven y la abrazó. Luego, sentándose a su lado, empezó a hablar atropelladamente de las cosas más extrañas y más sencillas. Cosas encantadoras, para gentes que no fueran como eran aquellas a quienes hablaba, las cuales, falseadas por la ciudad, no la comprendían.

En esto, volvió al salón la señora O'Donnell. Y viendo a Jerry hablando amistosamente con la que iba a ser su cuñada, exclamó con voz de tono duro e imperativo:

—Aquí has venido a servir el té y no a hablar.

Ni su padre ni su hermano se atrevieron a protestar de aquella grosería.



Jerry, pálida, se levantó y se dispuso a servir el té. Pero se había puesto tan nerviosa, que volcó una taza de aquel líquido sobre la falda de la novia de su hermano.

La señora O'Donnell, al ver aquello, gritó:

—Nos estás abochornando. Márchate de aquí. ¡A la cocina! Allí es donde únicamente puedes y debes estar.

Como Jerry tardara en obedecer la orden, su madrastra se levantó y la hizo salir del salón a

empujones, pronunciando, al propio tiempo, frases violentísimas contra Jerry, que no acertaba a defenderse, ni con palabras ni con hechos. Tampoco su padre ni su hermano tuvieron la valentía suficiente para defenderla.

Pero después, cuando ella, amargada, daba vueltas por la cocina buscando una solución para su vida, que no podía continuar allí, a escondidas de la dueña de la casa, la visitaron, primero su hermano y luego su padre, un poco avergonzados de lo ocurrido, pero inducidos ante lo que en ellos era un deber, es decir, ante la defensa de su hija uno, de su hermana el otro. No supieron defenderla ni, después, visitarla francamente. ¡Fueron a escondidas!

Y su hermano le dijo:

—No tengas cuidado, Jerry. No conoces nuestras costumbres, eso es todo. Aun tienes modales de la aldea. Pero eso pasará.

Dicho esto, salió.

Poco después, entraba el padre.

—Jerry, hija mía—dijo,—a veces pienso que hubiera sido mejor que no vinieses de Irlanda. ¡Aquí, vas a ser muy infeliz!

Y no dijo nada más. Salió también, después de decir eso, temeroso de que le sorprendiera su esposa.

Jerry, advirtiendo, ya sin dudas de ninguna clase, la frialdad de los suyos para con ella; viendo el poco consuelo que sabían darle después de una escena vergonzosa en que ella había sido víctima de insultos y de malos tratos, se dispuso a abandonar aquella casa inmediatamente. No podía permanecer allí ni un momento más. Los suyos, no sólo eran incapaces de defenderla, sino que también de consolarla.

Cogió, pues, un trozo de papel y escribió rápidamente una carta. En seguida, fué a la habitación que le habían destinado, la más apartada y la más mala de la casa, se vistió con sus ropas aldeanas, hizo un bulto con las que tenía de repuesto, y salió a la calle, decidida a no volver más, nunca más, adonde tan mal la habían recibido y tratado.

Su padre, que era el que más la quería, pero que atemorizado de su esposa no se atrevía a dar suelta a sus sentimientos, poco después de haber estado en la cocina, aprovechó otro momento en que su señora estaba muy ocupada, para ir nuevamente al lado de Jerry. Tenía necesidad de decirle cuanto la quería.

Cuando entró, al no ver allí a su hija, tuvo un presentimiento doloroso. Iba a salir para buscarla por toda la casa, pero antes, para asegurarse de que su esposa no le veía, se apoyó sobre el fogón, para asomarse cautelosamente a la puerta. Precisamente puso la mano sobre el papel que Jerry había dejado escrito. Lo cogió rápidamente. Lo leyó. Decía: «Querido papá, y querido hermano: Sé que sienten que haya venido. De modo que se alegrarán de que me marche. Por esto, pues, me voy. Pero siempre los querrá. Jerry.—P. D. Pero ya no seré nunca más Jerry O'Donnell.»

Cuando hubo leído esa sencilla y doliente carta, salió de la cocina blandiéndola, como si fuese un arma. Encontró a su hijo, al cual dijo:

—Tu hermana se ha marchado. Mira su carta de despedida. «Nunca más seré Jerry O'Donnell.» Nos merecemos ese terrible reproche. Nos lo merecemos, sí.

Eugenio, aturdido, no pudo decir nada. Su pa-

dre siguió con la carta en la mano, hasta encontrar a su esposa. Y tuvo, ante ella, un gesto de valentía, el único en mucho tiempo.

—Mujer — exclamó, colérico, — has hecho que Jerry se marche. No te perdonaré hasta que la encuentre.

La señora O'Donnell, viendo a su marido tan fuera de sí, le temió; y no contestó nada, como si hubiera reconocido su culpa.

Entretanto, Jerry andaba por las calles de Nueva York, sin saber hacia donde. Quería ir a casa del pastor Quinn, para estar allí hasta que encontrara una ocupación, pero no sabía por donde se iba y no acertaba a preguntar temiendo que se burlaran de ella.

La coincidencia es la llave maestra del destino. Si Jerry hubiese tomado cualquier otra dirección, en su huida, quién sabe adónde habría ido a parar. Y con la dirección que tomó, al azar, fué a parar a una amplia calle, por donde pasaban, sin cesar, autos y más autos. Tantos pasaban, que era difícil cruzar. Estuvo parada largo rato, esperando una ocasión. Al fin, creyó llegada la hora. Los autos que venían, estaban entonces lejos. Fué a cruzar. Pero el primer auto corría más de lo que ella había supuesto. Se le echaba encima. Ella quiso correr. Pero los bultos que llevaba se lo impedían. Asustada, no sabía cómo salir del paso. Y, con la precipitación, cayó.

El auto pasó junto a ella. Bajó el que lo ocupaba. La levantó con atenciones extremas. Y cuando ya ella estuvo en pie, cuando iba a dar las gracias, el hombre que la había levantado exclamó:

—¡Caramba! ¡Es Jerry, la muchacha del Condado de Kerry!

Aquel hombre era el banquero Garlaud. Jerry, al reconocerlo, le preguntó por su hija. Y él le contestó:

—En casa. Siempre habla de usted. ¿Puede venir, ahora, a verla?

—Sí, me agradaría mucho.

—Pues vamos.

Subieron al auto. Instantes después llegaban a la casa del banquero. Por el camino, Jerry dijo a Garlaud que estaba buscando ocupación.

El hogar de Garlaud estaba regido por la señorita Murdock, una solterona muy respetable, a quien le habían dado el empleo por su habilidad, y no por ninguna otra cosa.

Cuando llegó Garlaud, acompañado de Jerry, la solterona hizo un gesto de desagrado. Pero la niña, que apenas si gozaba de libertad con ella, al ver a su padre y al reconocer a Jerry, tuvo una alegría indescriptible. Se abrazó a Jerry y no había manera de separarla de ella.

Garlaud, recordando lo que Jerry le había dicho, y viendo la alegría de su hija, dijo:

—Señorita Murdock. Esta joven es Jerry de Kerry, de quien nos ha oído hablar a Dorotea y a mí. Hemos convenido en que ella se encargue, desde hoy, de cuidar a la niña.

Así quedó instalada nuestra protagonista en la casa del banquero Garlaud.

Jerry halló allí, en efecto—pronto pudo vencerse de ello,—un paraíso. Nada le faltaba. Y la niña la quería con locura. Y el padre, al ver a su hija tan contenta, no sabía qué hacer para que Jerry estuviese satisfecha.

La joven no había vuelto a saber nada de su familia, ni quería saber nada tampoco. Su familia tampoco tenía la menor noticia de ella.

Pronto, sin embargo, había ella de saber algo de los suyos.

En efecto, por aquellos días, en el Banco del cual era presidente Garlaud, unas nubes se estaban cerniendo sobre la cabeza de Eugenio, el hermano de Jerry, empleado allí. Todo esto, sin que él sospechara nada.

Una mañana, en su despacho particular, hablaba el cajero del Banco, Blakely Stone, con su ayudante, Tomás Wilson. Y éste, contestando a ciertas apreciaciones de su principal, dijo:

—Hemos tomado más de cincuenta mil dolars de los fondos del Banco. No puedo seguir, ni quiero.

—Entonces, escapa. Yo te daré fondos.

—Vengan.

—Espera.

El cajero salió del despacho y fué al departamento de Eugenio, al que dijo:

—Ya es hora de cortar los cupones de nuestros bonos Internacionales. Haga el favor de dármelos.

Entregó Eugenio lo que se le pedía. Volvió el cajero, con aquellos cupones, al despacho. Sacó unos cuantos y los entregó a su ayudante, diciendo:

—Dispón de esa suma y márchate a Londres.

—Pero...

—Nada. No queda otro camino.

Luego, entregándole los restantes, agregó:

—Devuélvele estos otros cupones a O'Donnell, y cúdate de que no los cuente. La cosa es fácil...

III

He ahí, pues, la nube acercándose al hermano de nuestra protagonista.

El ayudante del cajero, hombre tímido y asustadizo, fué a cumplir la orden de su principal, es decir, a devolver los cupones, incompletos, a Eugenio O'Donnell. Y éste, tranquilamente, se puso a contarlos. Por más esfuerzos que hacía el pobre hombre comprometido para evitarlo, no lo lograba: Eugenio, atendiéndole, no dejaba, por ello, de contar.

Momento de ansiedad y de terror. Wilson, viéndose ya descubierto, no sabía qué decir.

Pero desde lejos, Stone, el cajero, velaba. Y observando el terror de su ayudante y el motivo de este terror, o sea, a Eugenio contando los cupones, envió a uno de sus escribientes, con una gran lista, para que fuese entregada a Eugenio, con una orden.

El escribiente obedeció. Y al llegar junto al joven O'Donnell y al ayudante del cajero, que ya estaba pálido y tembloroso, dijo:

—Eugenio, dice el señor Stone que verifiques estas sumas. Le corre mucha prisa.

Eugenio cogió los papeles que le entregaban. Había trabajo para un gran rato. Dejó, pues, de contar y, disponiéndose a cumplir la orden del cajero, preguntó al ayudante de éste:

—Los cupones estarán completos, ¿verdad?

—Supongo que sí—contestó Wilson.—Se los he entregado tal como me los ha entregado a mi el señor Stone.

—Bien. Entonces no los cuento.

Y, en seguida, los guardó en su caja.

Ya estaba, pues, la nube amenazadora sobre la cabeza del hermano de Jerry.

En tanto, allá en el domicilio del banquero, el cuento de hadas, comenzado en los campos de Irlanda, iba progresando un poco cada día. Pues cada día Jerry contaba a la niña un nuevo episodio del relato, el cual tenía ahora un atractivo más: la señorita Murdock representaba el papel de la bruja horrible.

Ahora bien: Cada día era más difícil distinguir lo que había en aquel relato de cuento de lo que era historia de la propia Jerry. Su vida jugaba ya un gran papel en lo que contaba. Claro es que la niña no lo advertía, pero sí lo hubiera podido advertir, fácilmente, una persona mayor.

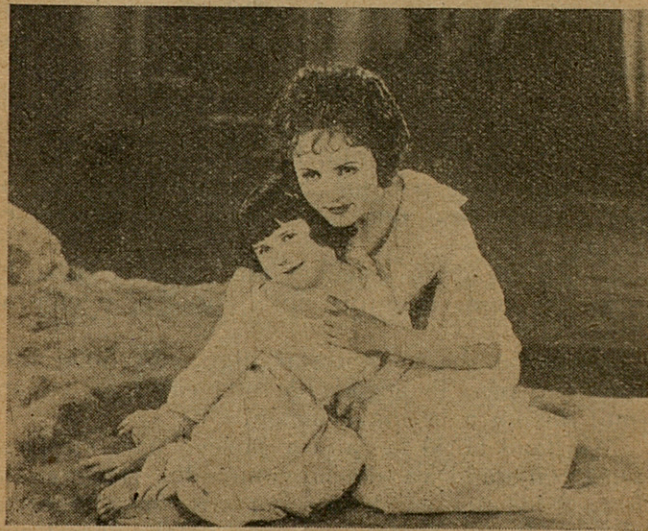
Lo cierto era que, en el cuento, cada día la princesa de incógnito estaba más enamorada del príncipe. Y que las intervenciones de la bruja eran de poco en poco más aborrecibles. Y que la princesa, como no podía confesar su amor, sufría, sufría de un modo horrible. ¡Y como sabía Jerry ensalzar el amor de la princesa! ¡Aquella princesa se había dado toda a su dueño de amor!

Un día, cuando Jerry explicaba a Dorotea lo grande que era el amor de la princesa, llegó hasta ellas, silenciosamente, el banquero. Vió a su hija escuchando atenta; oyó las palabras sencillas y bellas de la narradora. Y dijo:

¡Qué cuento más maravilloso, Jerry! Me interesa tanto como a mi hija saber cómo termina!

—¡Oh!—exclamó Jerry, al verse sorprendida. Y no acertó a continuar.

El banquero le habló muy cariñosamente, en tanto que acariciaba a su hija y Jerry, al oírle, imaginó un nuevo episodio para su cuento...



Pocos días después, en el Banco, al vencer el dividendo trimestral, se descubrió el robo de los bonos.

Garlaud sospechó en seguida, claro es, que se los había llevado Wilson, el empleado desaparecido. Pero supuso que alguien debió ser su cómplice y el descubrirlo era lo que le interesaba. Tuvo, al efecto, una entrevista, no muy cordial, con el cajero. El cual, cuando Garlaud se serenó un poco, mandó llamar a Eugenio O'Donnell. Y ya

los tres hombres en el despacho, el cajero dijo a Eugenio:

—Los bonos estaban intactos cuando yo se los dí a Wilson para que se los devolviera. ¿No los contó usted antes de guardarlos en la caja fuerte?

—Sí, empecé a contarlos. Pero, antes de terminar, algo que tuve que hacer, distrajo mi atención. No los conté, pues.

—¿No recuerda usted qué fué lo que distrajo su atención?—le preguntó Garlaud.

—No, no lo recuerdo. Fuí interrumpido, señor Garlaud. No sé por qué. Sólo recuerdo que lo fui por alguna cosa que precisó mi atención inmediata.

—En ese caso, usted es tan culpable como el señor Wilson, mientras no se pruebe lo contrario.

Eugenio iba a contestar algo, sin duda una disculpa, pero la llegada de una carta para Garlaud dió fin a la conversación.

Garlaud abrió la carta y la leyó para sí. Después, enterado ya de su contenido, la volvió a leer, a los dos empleados, en voz alta. La carta decía: «Juan Garlaud. Presidente Merchants Trust Company. El Cajero escapado Wilson se acaba de suicidar aquí. Dejó una carta dirigida a usted. Se supone que es una confesión. La carta ha sido enviada a su nombre, cerrada y sellada por el juez de instrucción.—*Willoughby*, Gerente de la oficina de Londres.»

Ninguno de ellos puso comentarios a la carta. Garlaud salió para dirigirse a su despacho particular y Eugenio hizo lo propio, dirigiéndose a su oficina. Quedó solo el cajero. Pero un momento después salía también y se acercaba al sitio en

que Eugenio trabajaba. Procuró acercarse a él sin ser visto, y le dijo en voz baja:

—Nadie debe ver esa carta. ¡Nuestras vidas dependen de que logremos apoderarnos de ella!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no debe creer que está usted fuera de este asunto. Wilson suponía que usted se hallaba complicado—y el que usted no contara los bonos afirmó su creencia—y así lo dirá en su confesión. De modo que ya sabe usted lo que le espera si no me ayuda a conseguir esa carta. ¡Los dos, si no nos apoderamos de ella, iremos a la cárcel!

Entretanto, el banquero, en su despacho, decía a su secretaria:

—Si yo no estoy aquí cuando llegue esa carta—ya le había explicado qué carta era la esperada,—quiero que me la lleve usted misma, en persona, a mi casa.

Aquella noche, Garlaud continuó la investigación en el Banco, sin ningún resultado. Mientras, Stone esperaba, ansiosamente, la carta de Wilson.

La cual llegó a la tarde siguiente, al oscurecer, cuando ya Garlaud se había marchado.

Cuando entró el cartero, Stone, que estaba al acecho, acudió a apoderarse de la comprometadora misiva. Pero antes de que lo lograra, se presentó la secretaria de Garlaud, que le arrancó la carta de las manos, y firmó, al cartero, el haberla recibido.

Stone, con un gesto de rabia, se alejó y entró en su despacho, de donde salió en seguida, yendo hacia donde estaba Eugenio. Al que dijo:

—La carta ha llegado. Irá la secretaria a llevarla. Pero yo acabo de telefonear a Garlaud demandándole urgentemente que venga. Consiga us-

ted, entretanto, la carta. No es cosa difícil. Si no lo hace, ya sabe lo que le espera.

En su domicilio, Garlaud acudió al teléfono. En seguida, se dispuso a ir al Banco, pues que el cajero le llamaba.

Jerry y Dorotea bajaron a despedirle. La niña estaba ya dispuesta para retirarse a descansar. Besó, pues, a su padre y se marchó.

—Me llaman al Banco—dijo Garlaud a Jerry.—Si durante mi ausencia traen una carta del extranjero, haga el favor de guardarla en mi escritorio. Aquí tiene la llave—agregó, entregándosela.

—Bien—contestó Jerry.—¿No le falta nada? ¿Lleva cigarros?

No llevaba. Jerry cogió la cigarrera y fué al despacho para llenarla. Cuando volvió, se cuidó de arreglar el vestido del banquero. Y éste, viéndolo todas aquellas atenciones, abrazó a la joven y la besó, en los labios, con pasión.

Ella, que no esperaba aquello, se quedó como alelada, aunque, en lo íntimo, estaba muy contenta de lo sucedido.

Cuando Garlaud la estaba besando, apreció en lo alto de la escalera, sin que ellos se dieran cuenta, la señorita Murlock, es decir, la bruja. La cual, comprendiendo que no hacía allí ninguna falta, se alejó con las manos puestas en la cabeza.

Después del abrazo y del beso pasional hubo un momento de silencio. Al fin, Garlaud, despidiéndose, dijo:

—Le explicaré esto, Jerry, cuando regrese, si no se ha ido a dormir aun.

Dicho esto, salió. Jerry se estuvo acariciando el sitio besado durante un largo rato.

IV

Cuando Garlaud salió, llovía. Poco después, se desencadenó una furiosa tormenta. Jerry tenía deseos de retirarse a descansar, pero no hubiera podido hacerlo. Estaba soñando despierta. Andaba por toda la casa, gozosa y complacida, pensando en el beso que había recibido. Y por virtud de esto, su cuento de hadas tomaba vida, una vida henchida de significado. La princesa iba, al fin, a ser feliz, muy feliz. La amaban.

Hasta altas horas de la madrugada, estuvo soñando—¡oh, qué sueños tan deliciosos!—y esperando la vuelta del amado. Sus sueños maravillosos hacían real el cuento que con tanto placer escuchaba de sus labios la pequeña Dorotea.

La tormenta seguía, cada vez más fragosa. Por ello, sin duda, Garlaud no regresaba. Pero Jerry se había prometido no ir a dormir aquella noche mientras no oyera de labios del banquero la explicación anunciada.

Poco después de salir de casa Garlaud, había llegado su secretaria, a traer la esperada carta. Jerry, cumpliendo su orden, la había guardado en el escritorio. Un momento, antes de guardarla, pensó: «¿Sería de alguna mujer?»

¿Celos? Sí, celos. Amaba a Garlaud locamente. El beso que él le había dado era también prueba de amor en él. Aquella carta, llegada poco después, la inquietaba.

Al fin, pudo más su buen juicio que su curiosidad. Guardó la carta.

Horas más tarde, mientras esperaba con impaciencia la vuelta de su *príncipe*, miraba, de vez en vez, con fijeza, al cajón en que había guardado la carta. Pero se contentaba con mirar.

Mientras seguía soñando, se asomó al balcón para ver si la lluvia cesaba. No cesaba, para mayor intranquilidad suya. De pronto, vio venir, hacia la casa, a un hombre, corriendo. Se paró aquel hombre, precisamente, bajo el balcón en que ella, a través de los cristales, miraba a la calle. Un momento después advirtió que aquel hombre se disponía a entrar. Se alejó de allí con cierto temor. Cuando apenas se había alejado, vio que el hombre empujaba ya las maderas. Era, pues, un ladrón. Asustada, se ocultó tras una cortina para asistir desde allí a la hazaña que el ladrón fuese a realizar. El cual, una vez dentro de la estancia, se dirigió al escritorio y empezó a forcear para abrirlo.

—Viene por la carta—pensó Jerry.

Y acordándose del mucho interés que Garlaud había demostrado por aquel documento, Jerry se dispuso a defenderlo, si es que venían por él.

Como primera providencia, Jerry encendió la luz, para confundir así al asaltador. En cual, creyéndose perdido, se quedó inmóvil junto al escritorio. Estaba de espaldas a la joven. Esta, pues, no le veía el rostro.

Pero él, viendo que no le disparaban, que era lo que esperaba cuando advirtió que se encendía la luz; viendo asimismo que nada le decían, volvió la cabeza.

Al mismo tiempo, exclamaron los dos, el supuesto ladrón y la joven.

—¡Jerry, tú aquí!

—¡Eugenio, tú!

—Sí, yo, querida hermana—agregó Eugenio, ya repuesto.—Yo vengo por esa carta que han traído esta noche. La necesito. Sino, iré a la cárcel por algo que no he hecho.

—¡Piénsalo bien, Eugenio! Acuérdate de que los O'Donnell no han tenido que hacer, nunca, nada malo para conservar limpio su nombre.

—La fatalidad me lleva a dar este paso. No he hecho nada feo ni reprochable. Sin embargo, si esa carta llega a manos de Garlaud, iré a la cárcel.

—Pues bien; tómala—dijo Jerry, abriendo el escritorio y entregando a su hermano la carta.

En esto se oyeron pasos. Alguien bajaba la escalera. Era la bruja, que vigilaba. Jerry, sospechándolo, apagó la luz. La bruja retrocedió. Pero no para desistir de su empeño, sino para avisar por teléfono a la policía. Y hecho esto, volvió a bajar la escalera y acercarse a la estancia en que Jerry estaba con su hermano. Con lo cual, pudo ver cómo los dos jóvenes se despedían, junto al balcón, besándose. ¡Alegría de este descubrimiento para la bruja!

Cuando apenas Eugenio había saltado del balcón, la bruja acudió a abrir la puerta, pues llegaba ya la policía. Un momento después, encendidas, por la bruja, las luces, entraban, guiados por ella, en el despacho de Garlaud, tres policías.

La bruja les señaló el balcón por donde, según ella, un ladrón, protegido por Jerry, acababa de huir. Fueron hacia allí los policías. Jerry quiso evitarles el paso. Mas fué inútil. Ellos la apartaron y abrieron de par en par las maderas. Pero Eugenio estaba ya lejos.

Volvieron, pues, a cerrar e iban a empezar su

obligado interrogatorio. Pero la bruja se les anticipó diciendo a Jerry:

—Ya sabía yo que eras una ladroncilla... ¿Quién era ese ladrón a quien has besado cuando se marchaba?

Jerry no contestó.

Los policías le preguntaron también alguna cosa y ella tampoco contestó.

De pronto, se oyó la voz de Dorotea que gritaba, desde la escalera:

—¡Jerry, Jerry!

Miró la joven hacia la puerta, con ansiedad, temiendo que la niña entrase y viese aquella escena. Rogó a los policías que la dejaran ir a tranquilizar a la niña. La bruja quiso evitarlo. Pero el que hacía de jefe, comprendiendo las razones de Jerry, accedió a lo que pedía.

Jerry, pues, salió de la estancia, esforzándose para aparecer ante la niña con una serenidad que no tenía.

—¿Qué te ocurre, querida?—preguntó a la niña con cariño.

—Nada. He oído ruido y me he levantado para ver qué pasaba. ¡He tenido mucho miedo!

—Pues has estado soñando que oíste ruido. Nadie hay en la casa. Yo estaba aquí sola, leyendo. Regresa a la cama, alma mía.

—También soñé que el príncipe había venido a casarse con la princesa...

—No, Dorotea, el príncipe no se casará con la princesa. ¡Nunca en la vida!

Al decir esto, las lágrimas rodaban por el rostro de Jerry. El cuento, que poco antes se tornaba real, tenía un fin trágico. La princesa era indigna de ser amada. Así lo pensaba Jerry. Por esto lloraba. La niña no la vio llorar, pero, no obstante, se puso

muy triste al oír que no habría casamiento, tan triste, que también iba a llorar. Pero reaccionó y, enviando muchos besos a su querida Jerry, volvió a subir la escalera para irse otra vez a la cama.

Jerry la vio alejarse con una tristeza profunda. Cuando ya la niña hubo desaparecido, dió rienda suelta a su contenido llanto. Y después, esforzándose por aparecer serena y fuerte, volvió a la estancia y, dirigiéndose a los policías, dijo:

—Estoy a sus órdenes.

Salieron, dejando a la bruja sola, hacia la cárcel.

V

A la mañana siguiente, informado Garlaud, por la bruja, de todo lo sucedido—y no hay para qué decir que la bruja recargó las tintas en la escena de la despedida, con abrazos y besos,—éste se dirigió a la cárcel para ver a Jerry. Se sentía muy ofendido, no por el robo de la carta, pues esto había pasado a ser secundario, sino por el descubrimiento de que Jerry tenía amores con otro hombre. Que esta era la impresión que había sacado del relato que la bruja le hizo. Sino, ¿por qué aquellos besos de despedida?

Una carcelera le condujo a la celda en que Jerry había acabado de pasar la noche. Jerry, al verle llegar, quiso ocultarse. Mas esto no era posible. Le vió, pues, acercarse y oyó, con el alma transida de dolor, que Garlaud le decía:

—Jerry, querida Jerry, yo confié en ti...

Jerry sintió un deseo poderoso de contar al banquero todo lo sucedido. Pero no supo cómo empezar. Se calló, por lo tanto, ocultando el rostro, avergonzada, entre las manos.

Garlaud, viendo que no había medio de emprender un diálogo, se alejó. Pero no para marcharse, sino para entrar en la jefatura de la cárcel, donde estaba la policía que realizó la prisión, preparándose para el debido interrogatorio, a los cuales dijo:

—Pongan a esa señorita en libertad.

—No es posible—contestó el jefe,—mientras no se averigüe lo del robo.

—Repito que la pongan en libertad. Eso del robo es una confusión de la señorita Murdock. Aquel hombre no robó nada de mi despacho. No fué nada más que una cosa de amores, en la que nosotros nada tenemos que ver.

—En ese caso...

—Claro—añadió Garlaud,—no hay más que ponerla en libertad.

Dió las órdenes oportunas el jefe. Fué la carcelera a cumplirlas. Garlaud se marchó.

Momentos después, Jerry salía de la cárcel. Ya en la calle, fuera de la prisión, vió venir a su padre. Se ocultó, mas para que no la viera allí, que por no hablarle. Cuando ya el padre se hubo alejado, ella, decidida, se puso en camino hacia la casa del pastor Quinn, única persona que conocía y a quien podría confiarse. Al cual dijo, en cuanto llegó:

—Por favor, padre Quinn, trabajaré como una esclava para pagarle, si me envía a Irlanda. Quiero volver allá.

—Ya hablaremos de eso. Por lo pronto, estás

en tu casa. Todo se arreglará. Ahora, confía en mí.

Poco antes que Jerry, había llegado a la casa del pastor, Eugenio, para pedirle consejo sobre lo que había hecho la noche anterior. El pastor, en contestación, le aconsejó y para llevar a cabo el consejo, envió llamar, en seguida, a Garlaud y a un policía. Jerry nada sabía de todo esto ni nada le dijo el pastor.

El pastor, previendo que Garlaud había de llegar de un momento a otro, llevó a Jerry a una habitación apartada.

Cuando volvía de esto, entraba en la casa el banquero, que acababa de llegar en auto, en el cual a la puerta, se quedó el chofer y la niña Dorotea.

El pastor condujo al banquero a una sala en donde estaba Eugenio con su novia.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó Garlaud a Eugenio.—¿Por qué no está usted en el Banco?

—Estoy aquí porque anoche me convertí en ladrón, *por primera vez en mi vida*. He aquí su carta, sin abrir.

Garlaud cogió la carta, la observó y vió que, en efecto, no había sido abierta. La abrió y la leyó. Luego, la entregó a Eugenio. La carta sólo decía: «O'Donnell no fué nada más que un incauto. Es inocente. El único culpable es Stone.—Wilson.»

—Esta carta, señor O'Donnell lo absuelve de toda culpa en el Banco—dijo Garlaud.

Y luego añadió:

—Ahora, quisiera saber una cosa. ¿Cómo logró conseguir la carta sin forzar la cerradura de mi escritorio?

—Me entregó la llave Jerry, a mis ruegos. Ella no quería, pero el amor de hermana pudo más que todo.

—Pero, Jerry, ¿es hermana de usted?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No. ¿De modo que Jerry es hermana suya? ¿De modo que fué su hermana entonces quien le besó antes de que usted se marchara? ¡Oh, alegría! ¡Jerry! ¡Jerry!

—¿Qué es lo que le pasa?—le preguntó Eugenio.

—Una gran cosa. Acabo de recibir una de las más grandes alegrías de mi vida.

No pudo explicar su alegría. El pastor entró para anunciar la llegada de Stone, a quien también él había llamado. Garlaud se escondió. El pastor, después de hacer pasar al cajero, salió. Y el cajero, dirigiéndose a Eugenio, preguntó:

—¿Para qué esta llamada?

Eugenio se sonrió. El cajero, advirtiéndole su sonrisa, agregó:

—Ya lo supongo, el motivo. Me ha traicionado usted. No me cabe duda. Mas, ¿creyó usted poderme traicionar impunemente?

Después de estas palabras, claro es, Eugenio se puso en guardia. Pero Stone no le dió mucho tiempo. Se echó encima de él para abofetearle. Pero antes de que lo hiciera, aparecieron Garlaud por una puerta y el policía por otra, imposibilitándole para toda acción. En seguida, el policía le ató las manos y le ordenó que saliera delante de él.

Garlaud, despidiéndole, dijo:

—Sospeché de usted desde un principio. Y, afortunadamente, hemos logrado desenmascararle. Ahora, a la cárcel, que es su verdadero domicilio merecido.

Libres ya de Stone, Garlaud preguntó si sabían algo de Jerry. Nadie le contestó. Pero todos, com-

prendiendo cuál era su deber, se dispusieron a llevarlo a cabo.

Eugenio y su novia se despidieron. El pastor salió y un momento después, sin aparecer él, hizo entrar, en la estancia en que había quedado Garlaud solo, a Jerry.

Garlaud, al verla entrar, se emocionó hondamente. Y, en el primer instante, no acertó a decir nada. Luego, serenándose, se acercó a Jerry, la atrajo hacia sí, como para abrazarla, y la llevó hacia una butaca cercana y propicia, en donde, después de sentarla a ella, se sentó él. Y dijo:

—Lo sé todo. Perdóname, inocente Jerry, sencilla Jerry, querida Jerry, cualquier duda que haya cruzado por mi mente.

—Yo...

—Perdóname, sí. Te amaba ya tanto, que la sospecha de que tenías relaciones con otro hombre me hizo pensar mal de ti. Tenía proyectado que fueses la madre de mi hija siendo mi esposa, pues de otro modo, en verdad, lo eres hace mucho tiempo, casi desde que la conociste. Nunca tuvo niña alguna, a su lado, una mujer tan cariñosa. Y teniendo este proyecto, porque te amo y porque sabía que me amabas, al creer que se hundía mi proyecto sufrí... Pero ahora... ya pasó todo. El príncipe se da cuenta de lo mucho que vale su princesa... El cuento va a terminar, pero muy felizmente. ¿Verdad, Jerry? ¿Verdad que quieres ser mi esposa?

La joven, volviendo a soñar despierta, viendo como el cuento de hadas terminaba tal como ella había imaginado, se refugió, temblorosa de emoción y de alegría, en los brazos de su amado. El la besó, primero en la frente, luego en ambas mejillas, después, fuertemente, en los labios.

En el momento que la besaba así, Dorotea, que

se había cansado de esperar en el auto y que había entrado en la casa, apartaba una cortina para entrar. Al verlos, se dijo:

—El cuento de hadas termina.

Y cerró la cortina para no interrumpir aquel final.

FIN

TITULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

1. Robin de los bosques, por Douglas Fairbanks.
- 2. El sello de Cardí, por Betty Blythe. — 3. La agonía de las águilas, por Severin Mars y la Morlay. —
4. La casa del misterio, por Masjoukine y Elena Darly.—5. Día de paga, por Charles Chaplin (Charlot).—
6. Una carrera en Kentucky, por Reginald Denny.—
7. El flirt, por Ellen Percy.—8. Chiquilín y Chiquilín hospiciario, por Jackie Coogan.—9. Theodora, por Rita Jolivet. — 10. ¡Qué tontos son los maridos! por Enid Bennet.—11. Señal de amor, por Mary Pickford. —
12. Distracción de millonario, por George Arliss.—
13. La Duquesa Misterio, por Hesperia. — 14. Las apariencias engañan, por María Prevost. — 15. El triunfo de la vía férrea, por Alna Tell.—16. El excéntrico, por Douglas Fairbanks.—17. Amor de antaño, por Doris Keane. — 18. Cobarde en apariencia, por Frank Mayo. — 19. El sello del silencio, por Tsuru Aoki. — 20. Su majestad el americano, por Douglas Fairbanks.—21. La voluntad de un hombre, por Dustin Farnum.—22. Besada, por María Prevost. — 23. Parodia de «Los tres Mosqueteros», por Max Linder.—
24. Retribución, por Gladys Broekwell.—25. Matrimonio accidentado, por Louise Fazenda. — 26. Abnegación de madre, por Louise Calliney. — 27. Hora terrible, por Hesperia.—28. El desquite de Garrison, por Jack Pickford.—29. El juramento, por William Russell.—30. La Bohème, por María Jacobini.—31. El gatito montés, por (Hoot) Gibson.—32. Bajo la nieve, por María Jacobini.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos.

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

El Doctor Mabuse. — Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbará, 15. Apartado 925 — Barcelona